

Domingo III (TO). El Reino de Dios está cerca

Juan Bautista ha sido protagonista de los dos últimos domingos, primero, bautizando al Señor y, después, dando testimonio de Él como “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Hoy el Evangelio según San Mateo nos dice que Juan Bautista es encarcelado, y Jesús interpreta este hecho como señal de que debe comenzar su misión: vuelve a Galilea, su patria, y comienza a predicar con las mismas palabras de Juan: “Conviértanse, porque está cerca el Reino de los Cielos”.



Gustav Doré, *Jesús predica a la multitud* (1866)

Es probable que este anuncio no nos produzca un gran impacto, pero en el Pueblo de Israel genera una verdadera conmoción. Para entenderla, es preciso recordar que Israel se encontraba bajo la dominación romana. Quizás nos cueste imaginar lo que comportaba este hecho: ser gobernados por paganos que despreciaban la religión y la cultura judía, estar sometidos a su vigilancia constante y asfixiante, vivir expuestos a la violencia arbitraria sin defensa alguna y se explotados económicamente, en un contexto de pobreza generalizada. Por otro lado, cada sábado, en la sinagoga, se leían y comentaban los escritos de los profetas que anunciaban la venida del Reino de Dios, que produciría una inversión de las suertes: Israel no sólo

sería liberado, sino que dominaría a todas las naciones, y todas ellas afluirían a Jerusalén para traer sus riquezas y peregrinarían al Templo para dar culto al Dios verdadero.

Comprensiblemente, la interpretación más extendida de estas profecías era en clave política y militar, imaginando el Reino de Dios al modo de los reinos de este mundo. Pero, tanto Juan como Jesús, vinculan el Reino de Dios a la *conversión*. Si se tratara de un reino de este mundo, no haría falta ninguna conversión, sino sólo capacidad de combate y eficacia para derrotar a los romanos. Pero para entrar en el Reino de Dios –advierte Jesús– hace falta una “*metanoia*”, es decir, una transformación radical del modo de pensar, sentir, decidir y obrar, para trascender (“*meta*”) el encierro en el propio yo y abrir el espíritu (“*mens*”) al horizonte del proyecto de Dios. En Reino de Dios “está cerca”, no tanto en sentido cronológico, sino sobre todo en el sentido de que se pone al alcance de aquél que esté dispuesto a convertirse.

Pero ¿cuál es el contenido concreto de esa conversión? Podemos responder a esta pregunta citando a un autor cristiano antiguo, Orígenes (siglo III d.C.), teólogo de Alejandría, quien propuso que “Jesús es el Reino de Dios en persona” (“*autobasiléia*”). Y el Concilio Vaticano II nos enseña una idea similar:

llama a Jesucristo “el Hombre Nuevo”, es decir, el hombre definitivo, perfectamente conforme al designio de Dios. Jesucristo, enseña el Concilio, revela al ser humano su propia humanidad y la sublime dignidad de su vocación. Esto no se refiere, sin embargo, a una experiencia puramente interior, sino a un nuevo modo de ser y de vincularse con Dios, con los demás y con las cosas. En Jesucristo se nos revela un mundo nuevo, el definitivo, del cual somos invitados a formar parte.



Domenico Ghirlandaio, *La vocación de San Pedro y San Andrés*, ca. 1481–1482, Capilla Sixtina, Vaticano

¿Podrían entender esto los primeros destinatarios de la predicación? Obviamente, no en estos términos, que suponen largos siglos de reflexión. Pero Jesús apelaba a la capacidad de los creyentes a abrirse por la fe al misterio que en Él se hacía presente. Una ilustración de esto es la escena del llamado de los primeros discípulos, los hermanos pescadores Pedro y Andrés, Santiago y Juan. Jesús los llama diciéndoles simplemente: “sígueme”. No los dice para qué, no les hace una propuesta, no les explica nada: se pone deliberadamente a sí mismo como única referencia. Y, sin embargo, ellos, inmediatamente y sin condiciones, dejan todo para seguirlo. ¿Cómo se explica esta respuesta? La razón es que ellos –aunque no puedan expresar en palabras los motivos de su decisión– entendieron intuitivamente algo que profundizarían a lo largo de su seguimiento del Señor: la misión de Jesús, su anuncio, no podían separarse del misterio de su persona. En una palabra, como enseñó luego Orígenes, Él es el Reino.

En base a lo dicho podemos comprender que nuestra extrañeza ante el anuncio de Jesús es signo de que no nos conocemos a nosotros mismos. En efecto, cuando el mundo, nuestro país, nuestro ambiente, nos dan signos de involución (guerras, pobreza, injusticia, corrupción, etc.) muchas veces sentimos desaliento. ¿Por qué? No por una razón exclusivamente personal. Muchos de estos males que nos apenan, no nos afectan directamente. Nuestro desánimo es signo de que también nosotros deseamos –y con mayor intensidad de lo que pensamos– la llegada de un mundo nuevo, que sea conforme a la voluntad de Dios. Hoy Jesús nos dice que ese mundo nuevo, el Reino de Dios, ya está llegando: en Jesús y en todos aquellos que siguen sus pasos. Y ese Reino está tan cerca, que podemos entrar en él hoy mismo, con tal que estemos dispuestos a convertirnos, empezando con dejar atrás, como los apóstoles, todo lo que nos impida seguir el llamado del Señor.

Pbro. Gustavo Irrazábal